

AL PUEBLO ESPAÑOL

A LA GUERRA NUNCA

LA EXCITACION

Creemos que es hoy, más que ayer más que en los días anteriores, cuando ha llegado la situación de España a términos de verdadera gravedad, no por las circunstancias, exteriores, si no porque va ganando terreno la maniobra de los que dentro de España, trabajan sin descanso por llevarnos a la guerra.

El público que haya leído la Prensa intervencionista de la mañana no necesita más explicaciones. Está en ella bien claro y definido el propósito que se viene persiguiendo desde hace más de dos años. Ya no se cuidan de velar el disignio ni de recatar el intento. Lo dicen claramente, francamente, y para reforzar sus argumentos no han vacilado en decir que está «confirmada oficialmente» la ruptura entre Alemania y los Estados Unidos. Esa confirmación no existía a la hora en que la publicaban los diarios intervencionistas, ni en los textos que publican aparece tampoco; pero en las grandes titulares, que impresionan al público, está la afirmación, y ella les ha servido para decir que es indispensable que España imite la conducta de los Estados Unidos.

Ante estas excitaciones, el Gobierno emudece cuando no tributa elogios, como ayer lo hizo el señor Ruiz Jiménez, a la conducta de los diarios, sin excepción.

Quiere todo ello decir, españoles que los intervencionistas hacen el último esfuerzo para llevarnos a la guerra, y que si el pueblo no se opone a la guerra nos arrastrarán, sin que más tarde sea posible evitarlo.

Es natural que procedan así. Tienen el compromiso de lograrlo, y no han de retroceder. El señor Lerroux lo ha repetido hasta la saciedad. Don Melquiades Alvarez lo ha dicho en sus viajes a París y en sus discursos de pro-

paganda. Los periódicos y los políticos intervencionistas hablan de ello a todas horas.

Una y otra vez ha surgido el intento y ha fracasado. Si no lo consiguen ahora no lo conseguirán nunca y sus promesas quedarán incumplidas.

Por eso concentran todo el esfuerzo en esta hora decisiva, sin preocuparse del interés de España, sin pensar en los miles de vidas que llevan al sacrificio, sin preocuparse de las lágrimas de las madres y de los lamentos de las esposas, que en otras ocasiones, cuando España iba a defender su honor y su bandera, les sirvieron para excitar a las masas populares y llevarlas al motín.

Nosotros, firmes en nuestro puesto de españolas que ofrecen a todas horas su vida y sus haciendas en holocausto de la Patria, nos alzamos contra el intento, decididos a que aquí ocurra todo lo que tenga que ocurrir menos que nos lleven a la guerra, si una ofensa a nuestro honor o un atentado a la integridad del territorio nacional no nos obligan a empuñar las armas.

POR QUÉ NO QUEREMOS

Se aduce ahora como argumento para arrastrarnos a la guerra la actitud de los Estados Unidos y utilizan tal razón los mismos que hace días sostuvieron que, precisamente por haber propuesto los Estados Unidos la paz, nosotros no debíamos apoyar la proposición.

Pues nosotros decimos que aun entrando en la guerra los Estados Unidos, aun yendo a ella todos los países neutrales, España debe permanecer neutral mientras pueda resistir.

Cuanto más sola esté en ese terreno, mayor será su fuerza, su autoridad y su prestigio, y con más firmes caracteres quedará

grabado en la Historia su nombre.

Por humanidad primero, por propia conveniencia después, España debe mantenerse neutral, porque en esa actitud, llegadas esas horas de locura, de crueldades de horrores, está el verdadero eroísmo.

No haber intervenido en la lucha sangrienta y destructora, no haber puesto la mano en la tragedia horripilante, será siempre un timbre de gloria. A la larga, los neutrales, los que hayan podido tender la mano caritativa entre tanta miseria y tanta amargura, los que hayan podido secar lágrimas de mujeres y amparar niños huérfanos y dulcificar penas del cautiverio, serán los que triunfen. España, en su rincón, humilde y misericordioso, puede ser el símbolo de la paz, la blanca figura que en medio de los campos de batalla, donde los hombres se destrozan y se muerden, enarbole la bandera cristiana con mano que no manchó la sangre en esta horrenda carnicería de los pueblos enloquecidos.

A los términos a que se ha llegado, en que no puede haber vencedores ni vencidos, sino por aturdimiento, por agotamiento que los deje exánimes, nada podrán ganar los que intervengan en la lucha. Sólo los que logren mantenerse alejados de ella o interviniendo sólo como intermediarios pacificadores, hallarán la recompensa de la satisfacción y la no menos grata del respeto y de la gratitud de todos.

Por eso, aparte otras razones que no sería patriótico exponer, nosotros votaremos porque España no se comprometa en la guerra, y para conseguirlo llegaremos hasta el sacrificio si es necesario.

NI FILIAS NI FOBIAS

No se puede hablar ya de filias ni de fobias: desde hoy no puede haber en España germanófilos ni francófilos. Ha entrado en pleito nuestro porvenir, y sería criminal preocuparnos del porvenir ajeno sin ver garantizado el nuestro.

Si viviéramos en otro planeta

al que no pudiesen llegar nunca las salpicaduras de la guerra, bien estaría que examinásemos la conducta de Alemania y la de Inglaterra y que mostrásemos nuestras simpatías por una u otra.

Pero así, no; todas las simpatías han de ser para España, para esta pobre España, que, sumida en la amargura de tantas contrariedades y de tantos reveses, se ve obligada a defenderse contra los que, dentro del propio solar, quieren precipitarla a la ruina y a la destrucción.

En la realidad no existen a la hora presente germanófilos ni francófilos, sino intervencionistas, y pacifistas, partidarios de la guerra y partidarios de la neutralidad. Todos los apodos son un disfraz.

Lógicamente, fatalmente, la mayoría de los intervencionistas, de los que quieren llevarnos a la guerra a todo trance, está en el grupo aliadófilo. La proximidad de las naciones aliadas, la constante comunicación con ellas, hace viable ese intento de intervención. Si Alemania estuviera donde está Francia y Austria donde está Italia, probablemente habría más intervencionistas entre los germanófilos que entre los francófilos, porque éstos no verían la posibilidad de intervenir en favor de los países de sus simpatías y los primeros sí.

Pero ahora ocurre lo contrario y al hablar de intervencionistas hay que referirse forzosamente a los aliadófilos, sin que ello quiera decir que lo sean todos, porque hay muchos partidarios de Francia e Inglaterra que no consentirían que España fuese a la guerra.

Por eso es necesario dividir los campos que amplios entre los germanófilos puede haber partidarios de la intervención, aunque sean pocos, y decir que España, desgraciadamente, está hoy dividida en dos grandes grupos: los intervencionistas, los que votan porque rayamos a la guerra, y los neutralistas, los que harán cuanto sea preciso por evitar la intervención, como no se haga con fines pacifistas.